

TAUROMAQUIA**Razones para no abaratar los apéndices en la Plaza México****Por ENRIQUE GUARNER**

Desde épocas remotas y en momentos de entusiasmo el público que asiste a las corridas pide al juez de plaza que se premie la labor de los lidiadores. Fue a partir de aquí que los aficionados se arrogaron el derecho de obsequiar los despojos de los bureles, quitándoles el lucro de la carne a los empresarios. En aquellos entonces se consideraba que la oreja otorgada serviría para identificar al toro muerto y recibir las utilidades del destazadero. Lo anterior significaba que los matadores no recibían fuertes sumas de dinero por su actuación. Agregaré que los astados que se lidiaban entonces eran de cinco o seis años volviéndose sumamente difíciles. Debe agregarse que cualquier cornada era grave por los medios quirúrgicos y médicos de los que se disponía.

Los trofeos que obtenían los toreros les daban reputación, pero nunca sabremos el número de apéndices que cortaron "Costillares", "Pepe Hillo" o "Paquiro" puesto que los mismos no aparecen en ningún libro.

Durante siglos el coso de Madrid nunca cedió ningún trofeo y el primero que se obsequió tuvo lugar el 29 de octubre de 1876 para premiar la hazaña que realizó José Lara "Chicorro" con un toro de Benjumea. Sin embargo, nunca se repitió algo igual hasta 35 años más tarde, cuando Vicente Pastor obtuvo otra oreja de "Carbonero" de Concha y Sierra. Debo añadir que la obtención de este premio desencadenó una terrible polémica entre aquellos que estaban en favor y los que sostenían un rechazo absoluto.

El paso del tiempo hizo que lentamente se aceptara el corte de orejas, las cuales fueron obtenidas con cuentagotas por toreros tan importantes como "Joselito", Belmonte o Gaona. Las cosas fueron cambiando y hoy en día vemos que muchos aficionados sacan los pañuelos pidiendo el apéndice para el torero. Sin embargo, si alguien se toma el cuidado de seguir las Ferias de San Isidro verá que apenas se otorgan media docena de trofeos a lo largo

de más de treinta festejos, lo cual en mi opinión da categoría a la plaza, convirtiendo el hecho de ganar una oreja en algo que vale la pena porque da reconocimiento y fama.

En México, nunca ha sucedido algo semejante y la empresa Alfaga distribuye pañuelos por los tendidos para que los espectadores poco versados pidan orejas, venga o no al caso. El ejemplo lo tuvimos este último domingo, cuando Rafael Ortega se llevó dos sin mayormente merecerlas. En otras palabras, con su labor no alcanzó ningún prestigio porque recibe premios demasiado benévolos y que no resultan formativos. Incluso, si vemos su estadística lleva 14 orejas en once corridas, quedando por encima de Enrique Ponce quien ha ganado 5 en nueve festejos, o "Joselito" quien apenas ha obtenido tres y un rabo en siete.

Alguien podría replicarme de inmediato: ¿A usted que más le da, si ni siquiera toma en cuenta los trofeos en sus encabezados desde hace 17 años? Lo anterior es cierto, pero me opongo a los excesivos premios indebidos a los toreros mexicanos, porque cuando posteriormente actúan en los demás ruedos del mundo taurino, se sorprenden de que en las faenas que aquí ejecutan se les otorgan orejas y cuando van a España o Sudamérica no sucede lo mismo.

El ejemplo de lo anterior lo tenemos en el mismo Rafael Ortega, quien el domingo 26 de octubre toreó en la Feria del Señor de los Milagros en Lima, Perú, con astados chicos de Real de Saltillo y sólo obtuvo un apéndice, mientras Vicente Barrera ganaba tres. Esto significa que aquí somos "manga ancha" con los nuestros y exigentes con los extranjeros, lo cual importaría poco si no fuera porque los desconcertamos creándoles la idea de lo que no son.

Concluiré que hemos provocado el que ningún torero mexicano haya destacado en lo más mínimo en el mundo taurino a lo largo de 25 años. Asimismo, el público mexicano pierde seriedad concediendo apéndices patrioterros que demuestran su falta de conocimientos y respeto a los diestros extranjeros que actúan con los nuestros.